

más elevado, el sobrenatural, al cual pertenece, de hecho, todo lo que se refiere á la virtud y santidad.

10. ¡Oh! y ¡cómo se ensanchan aquí los lindes de la consideración! Si por sola su naturaleza el hombre está destinado á ser tabernáculo de la Divinidad, ¿cómo no lo estará por la gracia, siendo ésta un ser más perfecto, sin comparación, que aquella, un ser por el cual el hombre no sólo sobrepuja á todas las cosas visibles, sino que se eleva por encima de las invisibles, hasta la misma esfera y orden de Dios? El orden sobrenatural, como se ha dicho mil veces, no destruye ni aniquila el fundamento de la naturaleza sobre que se levanta, antes bien lo depura, embellece y perfecciona; y así, lejos de desviar al hombre de su natural destino, condúcelo á él más directa y eficazmente, perfeccionándolo en la consecución consumada de ese mismo destino. De manera que en este nuevo y más sublime orden de cosas á que el hombre ha sido misericordiosamente sublimado sin ningún mérito para ello, la mansión de Dios en él aparece ya plenamente delineada en cuanto al modo y grado de perfección. ¿Queréis saber el cómo? Como el mismo Cristo nuestro Redentor lo dejó bastante declarado cuando dijo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y, oídlo bien: vendremos á él y haremos en él nuestra morada*¹. Y poco antes había dicho: *En aquel día conoceréis cómo yo estoy en el Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros*². Es decir, mis amados oyentes, que todas las tres divinas Personas de la Trinidad, como sean una misma esencia, vienen á morar en el alma del justo, y á hacer de él su glorioso tabernáculo. ¡Qué palabras podrán significar,

¹ Io. 14, 23.

² Ibid. v. 20.

ni qué pensamiento concebir tanta grandeza! Con gran fuerza y copia de razones lo declara el teólogo de la gracia, Nieremberg¹: «¡Dios en compañía del hombre! ¡Dios dentro de un alma; y no sólo Dios como quiera, con una sola Persona divina, sino con todo lo que es la Divinidad! No sólo la naturaleza divina participada, sino en sustancia todas las tres Personas divinas.... ¿Cómo puede alcanzar esto el caudal humano?... Tan poderosa es la gracia, que apareja tal palacio á Dios que no puede dejar de estar en él.... La gracia es mayor que el mundo. La gracia es mejor que el cielo empíreo. La gracia es el mejor palacio que Dios tiene en las criaturas. La gracia es el más ameno paraíso de deleites de las tres Personas divinas. La gracia es el más majestuoso trono de la Santísima Trinidad.... ¡Oh temeridad de los pecadores, cuando por un pecado mortal echan á Dios de su mejor alcázar, y derriban su silla más rica y su trono más majestuoso!» Así se expresa maravillosamente el piadoso y sapientísimo escritor. Bien merece el alma enriquecida con la divina presencia que se la apostrofe con estas y semejantes expresiones: «¡Alma santa, deleitable paraíso de tu Criador, tálamo de Dios esplendidísimo, tabernáculo de la Santísima Trinidad, más hermoso que el sol; arca de oro, no del Viejo sino del Nuevo Testamento, altísimo trono de la Divinidad.»² ¡Oh celsitud y dignidad del ser inteligente y libre levantado á tanta alteza! ¡Oh, y si supiera el hombre apreciar esta dicha en lo que vale! Pero ya es tiempo de pasar á admirar directamente las maravillas de nuestro Dios en la sacrosanta Eucaristía, donde este destino

¹ Aprecio y estima de la div. gracia tom. I, lib. 2, cap. 2.

² Ubi supra.

del hombre de ser tabernáculo de Dios se llena del modo más perfecto que cabe imaginar.

II.

11. En efecto, así como la sagrada Eucaristía es la continuación sobre la tierra del gran misterio de la Encarnación: *Nobiscum Deus*¹; así también la Encarnación puede mirarse como el tipo supremo del orden sobrenatural, del cual es ella fuente y manantial. Pues ¿quién no ve y admira el modo perfectísimo con que el hombre ha llegado á ser templo y sagrario de la Divinidad por el hecho de haber tomado la Persona del Verbo una naturaleza humana para unirla consigo con el nudo más apretado, como es con unión hipostática? ¿Qué cielos son comparables á la humanidad santísima de Cristo, *en quien habita corporalmente la plenitud de la Divinidad*²? En los cielos, como sobre las alas de los Querubines, que forman el trono magnífico del Altísimo³, no reside el Señor sino de un modo accidental, en tanto que dentro de la humanidad de Cristo está sustancialmente, y más de asiento, digámoslo así, que el alma está y habita dentro del cuerpo que anima. Así es que en Cristo Señor nuestro, como dice San Pablo, plugo á Dios *habitar con toda la plenitud* de sus perfecciones y grandezas⁴, en modo muy distinto que en los tronos celestiales y en las dominaciones y en todas las criaturas visibles é invisibles; porque en Él habita no ya como Criador solamente, sino comunicándole todo el ser divino, é identificándole consigo, de modo que Dios y Cristo sean uno solo⁵, una sola vida⁶, una sola operación⁷.

¹ Matth. 1, 23.² Col. 2, 9.³ Exod. 25, 20.⁴ Col. 1, 19.⁵ Ego et Pater unum sumus (Io. 10, 30).⁶ Io. 6, 58.⁷ Io. 14, 10.

12. Pues ¿qué diremos de la Eucaristía, donde no ya una sola naturaleza humana se une á Dios, sino que cada naturaleza singular se incorpora con el mismo Cristo, haciéndose así, quien comulga, cuerpo y sangre de Dios hecho carne? Nada digamos de la honra inestimable y superior á todo humano alcance que esta unión eucarística nos acarrea; pero, por lo que hace á nuestro propósito, ¿qué tabernáculo más perfecto de Dios puede imaginarse, fuera del mismo Cristo, que el hombre que recibe á su Dios sacramentado? Si por la Encarnación el hombre fué *Teóforo*¹, y *Dios estaba en Cristo*, al decir del Apóstol, *reconciliando el mundo consigo*², por la comunión puede el hombre llamarse *Cristóforo*, pues lleva dentro de su seno á todo Cristo, Hijo de Dios Encarnado. En Cristo habita la plenitud de Dios, y en el feliz mortal que participa de la Eucaristía habita la plenitud de Cristo. ¿Puede imaginarse destino más glorioso? Y no dudemos, hermanos míos, que así sea en realidad, pues el Apóstol encarecía este misterio á los corintios por las siguientes palabras: *¿Por ventura no sabéis que Cristo está en vosotros?*³ Y de sí mismo decía: *Vive Cristo en mí*⁴.

13. ¡Qué grandeza moral la que de aquí resulta para el hombre! Verdaderamente éste sería el lugar de exclamar con el Pontífice San León: *Reconoce ¡oh cristiano! tu dignidad; y hecho ya participante de la naturaleza divina, no quieras volver á tu antigua vileza con una conducta indigna de tu linaje*⁵. ¿Hay ministerio más noble y elevado que el que es propio de los ángeles del cielo, esto es, servir de peana á la Majestad de

¹ = que lleva á Dios.² 2 Cor. 5, 19.³ 2 Cor. 13, 5.⁴ Gal. 2, 20.⁵ Serm. de Nativit.

Dios y llevarle sobre sus alas, mejor que los ligeros vientos y las nubes inflamadas?¹ Y será menos llevar, no ya sobre los hombros, sino dentro del corazón, al mismo Cristo, rey de los ángeles, igual al Padre, y con Él á todas tres Personas de la Trinidad augusta, presentes por concomitancia en la hostia consagrada? De María, la criatura más cercana á la misma Trinidad, apenas puede enaltecerse más la soberana excelencia que apellidándola tabernáculo del Verbo Eterno, ni es dable concebir relicario más sagrado y venerable que aquél del seno virginal en donde, durante nueve meses continuos, descansó el Criador hecho criatura. Y ¡cuántos prodigios de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor de un Dios, para la preparación y adorno conveniente de ese immaculado y riquísimo sagrario del alma y cuerpo de la Virgen María! ¡Oh Dios! Y ¿no nos pasamos todavía y morimos de asombro al contemplar nuestra pequeñez y vileza, la desnudez de nuestro espíritu y las manchas de nuestra carne corrompida, habiendo de recibir también nosotros, siquiera sea por pocos instantes, aquel mismo sagrado depósito que abrigó la más pura de las vírgenes en su seno castísimo y perfumado con el aroma de todas las virtudes? ¡Cómo no exclamar aterrados de pena con el Centurión: «Señor, no soy digno del honor que queréis hacerme, no merezco veros entrar por las puertas de mi casa y permanecer bajo mi techo.» *Domine non sum dignus...*² Cómo se compadece tanta indignidad humana con tanta dignación de Dios? Y si tanto desagrado nos causa y tanto ofende á la piedad cristiana el ver á Jesús tan

¹ Qui ambulat super pennas ventorum (Ps. 103, 3).

² Luc. 7, 6.

indignamente hospedado en algunos sagrarios desmantelados é indecorosos, ¡cuánta más razón fuera llorar la indecencia y poco arreo de virtudes del sagrario espiritual del pecho que le recibe! ¡Ah! no podemos menos de admirarnos con el Crisóstomo: *¡Que nada de esto nos aterre y aparte de nuestra malicia, y nos arredre de los vicios! ¡Oh gruesas tinieblas de ceguera! ¡Oh abismo profundo de insensibilidad! ¡Oh estúpido embausamiento de la inteligencia humana!*¹

14. Réstanos todavía por considerar un sentido más propio y riguroso según el cual puede decirse el hombre tabernáculo de Dios por efecto de la comunión eucarística, y es el que nos da á entender el Apóstol San Pablo cuando, comparando el nuevo con el antiguo sacrificio, llama al cuerpo de Cristo tabernáculo más grande y perfecto que el *Sancta Sanctorum* fabricado por manos de hombres². En efecto, hermanos míos, el mismo Doctor de las naciones nos describe el antiguo tabernáculo material destinado á ofrecer á Dios oblaciones y sacrificar víctimas³, en cuya parte interior y reservada no era lícito penetrar más que una vez al año al sumo sacerdote para expiar con la sangre de los sacrificios los pecados propios y los de todo el pueblo. La sangre, pues, así como en la dedicación primitiva del lugar santo sirvió para consagrarlo, así debía servir perennemente para obtener el perdón de los pecados y abrir las puertas de la misericordia⁴. Tal era el destino principal del viejo tabernáculo: tal es, con mayor razón, el carácter del tabernáculo nuevo, del Calvario y del Altar, donde también es necesario que corra

¹ Hom. V in Epist. ad Ephes.

² Hebr. 9, 11.

³ Ibid. 9, 2 sqq.

⁴ Ibid. 9, 22.

abundante arroyo de sangre, no ya de animales figurativos¹, la cual por sí sola no alcanza á lavar las conciencias criminales, sino del Cordero sin mancha, derramada por Él mismo para forzar de una vez para siempre las puertas del verdadero *Sancta Sanctorum* de los bienes celestiales. Allí donde corra la sangre de la víctima inmolada por la salud de los hombres, allí está el tabernáculo. Por eso yo os lo señalo volviéndome al altar: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus!* porque allí está inmolándose perennemente el Cordero de Dios: *Ecce Agnus Dei!*² Pero decidme, hermanos míos: ¿es solamente en el ara del altar donde el sacrificio místico se consume? Y ¿no será también el pecho del hombre que le sume en especies separadas, un verdadero tabernáculo donde la oblación ó, más bien, la destrucción total de la víctima se termina íntegramente? En efecto, no sólo no es improbable sino que tiene á su favor grandes probabilidades de autoridad y de razón la opinión teológica que hace consistir la esencia del sacrificio eucarístico no en la consagración sola, sino en la consagración seguida de la sunción, por ser en ésta donde propia y verdaderamente se consume la inmolación de la sagrada víctima³.

15. He ahí, pues, hermanos míos, realizado del modo más perfecto el destino felicísimo del hombre de ser tabernáculo de la Divinidad, y realizado por la institución de la adorable Eucaristía, la cual desarrolla el plan divino del orden sobrenatural. ¿Qué resta después de esta magnificencia del Criador para con su pobre cria-

¹ Neque per sanguinem hircorum etc., sed per proprium sanguinem (Hebr. 9, 12).

² Io. 1, 36. ³ Gury, Theol. Mor. tom. II, tract. de Euchar.

tura, sino aspirar á aquellos eternos tabernáculos de la visión beatífica, donde será cada uno de los bienaventurados como un trono refulgente de Dios Uno y Trino: *Siendo allí Dios todo en todos*, como dice el Apóstol¹? ¿Por qué *brillarán allí los justos, y como estrellas del firmamento resplandecerán por toda la eternidad*², sino porque recibirán en sí la luz de Dios que brillará en las frentes de los escogidos? *Será Dios todo en todos*, hasta en el mismo Cristo. ¡Qué mar de luz, y qué piélagos de esperanzas! ¡Qué género aquel de inmensidad gloriosa! Que si acá sobre la tierra, destructible y perecedera, se ostenta Dios en sus criaturas, reflejando en ellas alguna ráfaga de su poder y sabiduría, ¿de qué manera se reflejará allá en el cielo, donde toda criatura estará como absorbida y anegada en el océano de la bienaventuranza de Dios, que es Dios mismo en la plenitud de su gloria? ¡Oh ciudad santa de la Jerusalén celestial! ¡Oh ciudad de murallas de piedras preciosas y de plazas de oro más luciente que el bruñido cristal! En tí no habrá ya templo, porque el Señor Dios omnipotente y el Cordero de Dios es tu templo vivo y animado³, y todos los que en tí moran, siendo unos con Dios, son también templos del Dios vivo! ¡Oh claridad de claridades eternamente luminosa! ¡Luzca ya para nosotros el día que no tendrá fin! Así sea.

¹ I Cor. 15, 28.

² Dan. 12, 3.

³ Apoc. 21, 22.